CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

LOS 3 GRADOS DEL SACRAMENTO DEL ORDEN

1565-1568 ORDENACIÓN DE LOS PRESBÍTEROS, COOPERADORES DE LOS OBISPOS II

https://www.youtube.com/watch?v=eRT3XIPDQXg

Estamos comentando el **Sacramento del Orden sacerdotal**, y nos hemos quedado pendientes de concluir un apartado que tiene como título **La ordenación de los presbíteros, cooperadores de los obispos.**

Habíamos explicado tres puntos de este apartado, y nos faltaban cuatro puntos más.

La ordenación de los presbíteros, cooperadores de los obispos.

El punto 1565:

> **En virtud del sacramento del Orden, los presbíteros participan de la universalidad de la misión confiada por Cristo a los apóstoles. El don espiritual que recibieron en la ordenación los prepara, no para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación "hasta los extremos del mundo", "dispuestos a predicar el Evangelio por todas partes".**

Si recordáis cuando hablábamos del Orden sacerdotal en el grado del episcopado, decíamos que el obispo, aunque cada uno tiene jurisdicción sobre su diócesis y no sobre las demás diócesis, únicamente el **Papa es el obispo de Roma**, el que **tiene jurisdicción directa y universal en las diócesis sobre todo el mundo**.

El obispo tiene jurisdicción únicamente sobre su diócesis, pero decíamos que eso no quiere decir que no le competa para nada lo que pase en los demás lugares que están fuera de su jurisdicción.

Él debe tener una preocupación por toda la Iglesia, especialmente en la asistencia a los pobres, en la persecución de la fe que está teniendo lugar en otros lugares, en la preocupación por las misiones.

El corazón del obispo tiene que ser católico en ese sentido universal de la preocupación por la Iglesia entera, aunque tenga una jurisdicción que se limita a esa territorialidad concreta de la Iglesia que se le ha encomendado.

De una manera similar a lo que dijimos del obispo, ahora lo decimos del presbítero, porque al fin y al cabo está participando -recientemente explicábamos qué significaba el término participar- de ese mismo ministerio, de esa misma potestad sagrada que Cristo ha puesto en manos de los apóstoles y de sus sucesores, los obispos.

Luego, si **participa el presbítero del obispo**, lógicamente debe tener algo similar; también el **presbítero tiene una jurisdicción que es la parroquial**, se le ha encomendado una parroquia, y en ello tiene una jurisdicción.

Puede haber presbíteros que no sean párrocos, sino que se les ha encomendado una tarea: un capellán de un hospital, en este caso no es que tenga una encomienda ligada a una territorialidad, sino a una función determinada; o se le ha encomendado dar unas clases de religión…

En cualquier caso, sea por una jurisdicción territorial o sea por la encomienda concreta, es cierto que el presbítero debe tener, al igual que el obispo, la prudencia de decir, "a mí se me ha encomendado esto, yo no debo meterme indebidamente en las responsabilidades de otra persona. Tengo que saber ser prudente y saber desaparecer".

Cuando, por ejemplo, a un párroco que le cambian de destino o que se jubila, llega a esa parroquia otro párroco distinto; entonces el párroco anterior tiene que saber desaparecer, tiene que saber ausentarse. Entre otras cosas, porque si no termina de hacerlo, puede ocurrir que el nuevo párroco tenga dificultad de meterse y de poder vivir esa tarea nueva que se le ha encomendado; porque mientras que el anterior se siga haciendo presente, se le crean dificultades; pues parece que no se ayuda a los fieles a mirar hacia delante, sino que se están haciendo comparaciones continuamente.

O sea, un sacerdote, al igual que un obispo, tiene que saber desaparecer; como hizo Juan Bautista en el momento en que vino el Señor, él "desaparecía". En ese sentido de la palabra de saber renunciar a nuestra historia anterior; sabiendo que ha habido un momento de nuestra vida, que Dios nos lo ha concedido, pero que no debemos apegarnos a él, tenemos que desapegarnos de ese momento. Hay que dar paso a esa nueva llamada que el Señor nos ha hecho por medio de la Iglesia, "ahora tengo un nuevo destino", pues voy al nuevo destino y no estoy continuamente haciéndome presente en el anterior, porque estoy dificultándole al nuevo sacerdote su plena integración.

O sea, también el sacerdote debe tener ese cuidado, igual que decía del obispo, que no va a estar haciéndose presente, sin el visto bueno y sin el consentimiento del obispo de otra diócesis, dando charlas, conferencias, pues no es propio. Si en alguna ocasión o por algún aspecto especial tiene que hacerlo, lógicamente será habiendo avisado, habiendo pedido un permiso o el visto bueno al obispo de ese lugar.

Es decir, hay que tener la delicadeza de que, por amor a Cristo, hay que saber hacerse presente, y por amor a Cristo también hay que saber desaparecer. Las dos cosas, presencias y ausencias, tienen que ser por amor a Cristo.

Un sacerdote en ese contexto determinado, de la misma manera que tiene que ayudar a sus hermanos a ser sacerdotes, no injerirse en otra parroquia vecina porque no se le ha encomendado eso; no quiere decir -lo mismo que hemos dicho del obispo-, que su función y su preocupación sacerdotal se limite al territorio, y fuera de esta frontera lo que ocurre ya no me importa. Evidentemente sería una equivocación muy grande eso. No vale decir aquí eso "a mí no me toca, no es de mi competencia, es que estoy fuera de servicio", no. El corazón del sacerdote es católico, o sea, es universal.

El sacerdote, claro que tiene que atender prioritariamente a esa encomienda concreta que la Iglesia le ha hecho en una parroquia, pero eso no quiere decir que sus miras, sus preocupaciones tengan que achicarse; en absoluto tienen que achicarse.

Su corazón tiene que sentir con la Iglesia, tiene que sufrir con la Iglesia, tiene que sentir como propios los problemas que a la Iglesia la aquejan en cualquier lugar.

A nadie se nos ocurre que a un sacerdote únicamente le preocupe lo que pasa en su parroquia; basta charlar un rato con él y uno se da cuenta que no es que le preocupe solo lo que pasa en su parroquia, le preocupa lo que pasa en toda la Iglesia. Sufre con su Iglesia, goza con la Iglesia, tiene un corazón católico, tiene un corazón universal.

Esto, para todos nosotros, para todos los sacerdotes, es una llamada de atención a nuestro *sentirnos sacerdotes* en todo momento y en todo lugar.

Un sacerdote nunca puede decir, fijaros bien, "esto a mí no me toca". Incluso cuando, por ejemplo, algún fiel se le acerca, nunca le diremos "a mí no me toca"; lo profundizaremos desde otro punto de vista, aun cuando tengamos incluso que acompañarle o dirigirle a otro sacerdote, Un sacerdote nunca dirá, "Estoy fuera de servicio, estoy de paseo", "ahora no es momento de atenderlo o de hablar de estas cosas". Aun cuando tenga que conducir una persona a otro momento para hablar con ella, nunca se considerará fuera de servicio; incluso tampoco dirá "Estoy jubilado, me he retirado"; no es esa la perspectiva desde la que un sacerdote hablará nunca. Porque no es lo mismo una profesión que una vocación.

Una persona que tiene una profesión, claro que podrá decir "Esto a mí no me toca, no me incumbe", "Estoy fuera de servicio, ya he salido", "Estoy jubilado"; pero alguien que tiene una vocación no dirá eso nunca.

Y el sacerdocio no es una profesión, es una vocación.

Y por lo tanto, todo lo que ocurre en la Iglesia le afecta a él y se siente corresponsable de todas esas luchas que en medio de las cuales el reino de Dios se va haciendo camino en este mundo.

Tal es así, que muchas veces un sacerdote siente llamadas determinadas, que luego discierne con su obispo si es adecuado o prudente llevarlas a efecto. Pero cuántas veces un sacerdote, en medio de una tarea grande en su parroquia, siente la llamada a ir a misiones Y dice uno, "¿es que no tenía suficiente con todo lo que estaba atendiendo en su parroquia, que todavía en su corazón surge esa llamada?"; pues sí. No es cuestión de que no tuviera suficiente; la cuestión está en que solamente cuando uno siente desde el corazón de Cristo, es capaz de ver esa perspectiva universal.

Acordaros de ese pasaje del Evangelio en el que dice el Señor, "*Vámonos a otro lugar que también a esas ovejas tengo yo que anunciarles el reino*". Jesús estaba muy a gusto predicando sus parábolas y predicando el Reino de Dios en aquel lugar, pero enseguida les dice a los apóstoles, "*Vamos a otro lugar que allí también tengo que predicar*". O sea, no se agotaba en una tarea concreta. Él por el hecho de sentirse en un sitio escuchado y acogido, no se daba por satisfecho, porque podía ser un riesgo, que uno dice, "Uy, qué bien estoy aquí, qué acogido estoy, qué a gusto", ya con eso uno se siente bien, acorta sus miradas y ahí se establece. Pues no, Jesús decía, "*Vámonos también a otro lugar que también allí tengo que predicar*".

O sea, el corazón de sacerdote es universal, es católico, está dispuesto a predicar por todas partes. Incluso yo diría que toda circunstancia y ocasión de su vida es propicio para predicar.

No hace falta que por predicación se entienda un acto formal en el que se convoca pues, "Sermon de no sé qué, en tal lugar, a tal hora, lo predicará no sé quién". No, no hace falta un acto formal previamente convocado. Muchas veces las predicaciones más importantes de la vida no son las que tienen lugar de esa manera tan preanunciada, sino las predicaciones son casi espontáneas, sobre la marcha; no a balón parado, como se dice, sino sobre la marcha, acompañando a una persona en su vida, diciéndole una palabra de fe; porque de la abundancia del corazón habla la boca.

Y entonces muchas veces la predicación no es que tú hubieses pensado, "voy a predicar", es que sin pensar tal cosa, te sale hacer presente a Jesucristo en un momento determinado, Y tú no habías dicho, "voy a hacer una predicación". Sencillamente, de lo que llevas en el corazón, sale por tu boca, La predicación, esa tarea de hacer presente a Jesucristo, está teniendo lugar de una manera continua en la vida de un sacerdote. Cuando se va de vacaciones, en su tiempo descanso, también hace presente a Jesucristo.

Pues porque ahí está *fray ejemplo,* que sin duda alguna, esa predicación con la propia vida, con ese testimonio de ser un hombre de oración y ser un hombre sencillo, un hombre de fe, un hombre transparente, creo que es la mejor de las predicaciones, la vida misma es nuestra mejor predicación.

Recuerdo que en el seminario -permitidme este recuerdo- a veces llegábamos al comedor, nos sentábamos y algún compañero sacaba un tema en la mesa, de una cuestión de fe, un tema así concreto que se había explicado en las clases de teología o una cuestión que hiciese referencia a la vida espiritual de los seminaristas, los sacerdotes. Y recuerdo que un compañero en alguna ocasión se incomodaba y le decía, "Oye, que no estamos ahora en clase, que ahora no toca eso, que ahora estamos comiendo, estamos aquí…". Y el otro compañero le decía, "Pero hombre, si yo no pretendía ahora hablar de cosas de clase, lo decía porque no sé, porque llevo eso en el corazón".

No es que ahora toque hablar de cosas espirituales o toque hablar de lo otro, no. Es que a veces creo que los sacerdotes tenemos que aprender a hacer presente a Jesucristo no en momentos determinados, cuando parece que formalmente se nos encomienda; sino que en la medida en que llevamos a Jesucristo en nuestro corazón, lo transpiramos hasta por los poros de la piel, lógicamente hacemos presente a Jesucristo allí donde estemos.

Pues bien, esta es la explicación o el motivo por el que el punto **1565** dice, **"Dispuestos a predicar el Evangelio por todas partes".**

Y no reduzcamos esto únicamente a las misiones, porque poco sentido tendría que uno pensase en las misiones cuando luego este *por todas partes,* no lo concretiza también en todos los momentos de su vida, entre sus amistades y su familia.

¡Ojo! que a veces a los sacerdotes nos cuesta mucho ser profetas en nuestra propia familia por ejemplo, cuesta bastante. Eso de que nadie es profeta en su tierra y en su familia, eso los sacerdotes, si alguno me está escuchando, seguro que estará diciendo, "¡Bueno, qué verdad es eso!" Cuesta más ser testigo de Cristo en la propia familia porque te conocen de siempre, y de alguna manera les cuesta más hacer el acto de fe de ver en ti al ministro de Jesucristo; y puede costar más ser profeta en su propia tierra, en su propio pueblo, especialmente en su familia puede ser más costoso. Pero también eso forma parte de estar dispuestos a predicar el Evangelio por todas partes, con una misión amplísima y universal de salvación, hasta los extremos del mundo. A un sacerdote le importa, le inquieta, toda la Iglesia, la extensión del Reino de Dios por todos los lugares.

Del apartado del Catecismo que dice **la ordenación de los presbíteros cooperadores de los obispos.**

Dice este **punto1566**,

> **"Su verdadera función sagrada -**se refiere a los presbíteros**- la ejercen sobre todo en el culto o en la comunión eucarística**. **En ella, actuando en la persona de Cristo y proclamando su misterio, unen la ofrenda de los fieles al sacrificio de su Cabeza; actualizan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio de la Nueva Alianza: el de Cristo, que se ofrece al Padre de una vez para siempre como hostia inmaculada". De este sacrificio único, saca su fuerza todo su ministerio sacerdotal.**

Pues bien, fijémonos en esta afirmación.

El sacerdote actúa en nombre de Cristo en favor de los hermanos. Él hace esa función de ser puente, porque, por una parte, en el sacerdote se une, dice aquí, *la ofrenda de los fieles al sacrificio redentor de Cristo***.** El sacerdote actúa en nombre de Jesucristo y, de alguna manera, también decíamos que actúa en nombre de sus hermanos, no en el sentido de que sea delegado de ellos -eso ya lo explicamos en su momento.

El sacerdote no es un delegado de la comunidad; pero es verdad que cuando el pueblo de Dios presenta sus ofrendas, el sacerdote presenta ante Jesucristo todo lo que son los anhelos, las aspiraciones, esa especie de deseo que tiene la humanidad, de superación, de felicidad, de santidad, de búsqueda de belleza y de bondad. El sacerdote está, de alguna manera, representando a ese pueblo de Dios, a ese ser humano que busca la trascendencia, que busca la verdad, que busca el bien, que busca la belleza; y presenta esa ofrenda en nombre de todos sus hermanos.

Y, por otra parte, el sacerdote es ministro de Jesucristo, es ministro de Cristo y él está allí haciendo presente el amor de Dios Padre, que tomó la iniciativa de amarnos Él a nosotros antes de que nosotros le amásemos a Él, y de entregar a su Hijo único por nosotros a la cruz como sacrificio de expiación de nuestros pecados.

O sea, el sacerdote está, por una parte, representando a Dios ante los hombres y por otra parte, está presentándole a Dios los anhelos, las aspiraciones y los sufrimientos de toda la humanidad.

Y eso lo hace especialmente en el sacrificio de la Santa Misa. La celebración de la Eucaristía es el acto en el que el sacerdote es más sacerdote. Es el momento en el que se ve más gráficamente qué es ser sacerdote.

Por eso, para un sacerdote, el alimentarse de la Eucaristía es algo fundamental, es algo determinante. Celebrar la Eucaristía para un sacerdote no es hacer un servicio a la comunidad, que también lo es por supuesto, pero no se limita eso.

Por ejemplo, imaginaros que un sacerdote dijese, "es que hoy es mi día libre, hoy me voy por ahí, no celebro misa", o "hay otro sacerdote, que celebre el otro, pues ya hacemos el servicio a la comunidad y hoy yo estoy dispensado, no tengo que celebrar misa, me puedo quedar un rato más leyendo, descansando". Mal asunto cuando el sacerdote tiene esta concepción; porque tiene una percepción de la Eucaristía como si fuese un servicio, y como si él fuese un funcionario que hace ese servicio en favor de los demás. Y si, por lo que sea, "no hay necesidad, hay otro que lo haga, no hace falta que yo haga este servicio"; eso sería indicativo de que hay algo que está fallando.

Porque es que la Eucaristía es un alimento, precisamente alimenta al pueblo por el mismo motivo en que me alimenta a mí. Y por el mismo motivo que al sacerdote se le pide que preste el servicio de ser el que haga presente a Cristo en la Eucaristía ante los demás, por eso mismo yo necesito ser alimentado.

Ya dice el refrán eso de que *consejos vendo y para mí no los tengo*. Claro, sería una contradicción que el sacerdote no tuviese la misma necesidad de Eucaristía que tiene ese pueblo de Dios, que pide ser alimentado con la Eucaristía.

El sacerdote, ¿por qué decimos que su vida se alimenta de la Eucaristía?; pues porque, de la misma manera en que recibimos el cuerpo de Cristo y nos alimentamos de Él, él está llamado a tener una vida *eucaristizada,* y a ser él también un pan vivo para el alimento del pueblo de Dios. Es como decir, "Señor, me voy a alimentar de ti para que también el pueblo se alimente de mí", "tú te dejas comer por mí para que yo también me deje comer por los demás". Es que es así. A esto se le llama una ***vida eucaristizada***. Es decir, la Eucaristía configura mi vida.

Acordaros de cómo en muchos lugares se ha hecho una imagen hermosísima, la del pelícano, al que Santo Tomás de Aquino, en el himno eucarístico *Adoro te devote*, hace referencia al piadoso pelícano, esa ave que se picotea el pecho cuando no tiene alimento para poder dar a sus polluelos, y se picotea el pecho para dar de comer de su carne, de su sangre a sus polluelos, Los alimenta con su propia vida.

La vida del sacerdote, la vida de todo cristiano, pero la del sacerdote todavía en un grado máximo, es una vida eucaristizada. Es recibir, alimentarse de Cristo, para luego tú ser alimento también para los demás. El sacerdote se alimenta de la Eucaristía porque en ella está reviviendo ese episodio del lavatorio de los pies.

Juan Pablo II, de feliz memoria, al que tanto cariño le tenemos y que tantas cosas nos enseñó; en torno a sus bodas de oro sacerdotales, él escribió un libro que tuvo mucha difusión. Y en un pasaje de uno de sus libros -quiero recordar que era el que estaba publicado en torno a las bodas de oro- él contaba como una confidencia, decía, "*Os voy a contar una confidencia";* y decía, "*Fijaros, en estos 50 años de sacerdocio, he tenido la gracia*

de Dios de que no haya habido ningún día en el que me haya quedado sin celebrar la Eucaristía".

Y tiene su cosa, porque los sacerdotes sabemos que en la vida hay días muy complicados, días en los que estás de viaje, hay días en los que puede resultar muy difícil, estás fuera de tu parroquia, estás en no sé qué sitio.

O sea, que en 50 años de sacerdocio que no se hubiese quedado nunca sin la Eucaristía, eso los sacerdotes somos conscientes de que eso solamente se explica por un alma enamorada de la Eucaristía, enamorada de verdad.

Y entonces él decía, "*Ese es el secreto, ese ha sido mi secreto*". Y lo contaba como una confidencia, Lo contaba como diciendo "a mí eso es lo que me ha configurado, eso es lo que me ha sostenido; vivir y alimentarme de la Eucaristía". Lógicamente para poder hacer eso, sin duda muchas noches habría entrado a las 12 de la noche en la capilla de su casa o en no sé qué lugar determinado, y allí habría celebrado la misa él solo. O igual yendo de camino para no sé qué sitio, antes de coger el tren que salía a las 4, viendo que tenía una hora libre, preguntó dónde había una capilla y habría ido allí, se habría puesto a rezar y celebraba la Eucaristía. O sea, para que eso se lleve a afecto, uno tiene que priorizar, pero priorizar en la vida.

Nuestra vida está eucaristizada. Y es muy hermoso ese llamamiento que hace en este punto **1566** a que el sacerdote esté aplicando de esa manera, haciendo presente lo que es la Eucaristía en su vida, alimentándose de ella.

Fijaros que dice también "**actualiza y aplica el sacrificio de la Santa Misa".** Es verdad, el sacerdote está actualizando -esto lo pudimos explicar cuando hablamos del sacramento de la Eucaristía-,

- **Actualiza**, no vuelve de nuevo a hacer un segundo sacrificio, sino que actualiza y aplica.
- Y lo de **aplica** se refiere a que ese sacrificio de Cristo lo está aplicando por tal difunto, por esta intención, el pueblo de Dios le ha pedido reza por esto, reza por lo otro.

Es decir, en la Eucaristía el sacerdote hace presente todos los sufrimientos del pueblo de Dios. Está aplicando el sacrificio de Cristo por esto y por lo otro y por lo otro. Es como concretizar la entrega de Cristo por todos, pero la está concretizando, la está aplicando a intenciones también concretas y particulares.

En la Eucaristía pedimos por todos, es verdad, pero ese por todos no es incompatible después con concretizarlo en personas determinadas, en intenciones determinadas: en

un difunto, en una situación, en un enfermo que está en agonía y nos han pedido que ofrezcamos la Eucaristía por él.

El sacerdote actualiza el sacrificio de Cristo y lo aplica a intenciones concretas y determinadas.

Bien, tenemos un momento de reflexión y continuamos enseguida.

(…)

Estamos en este programa del Catecismo de la Iglesia Católica comentando unos puntos referentes al **Sacramento del Orden sacerdotal en los que se nos habla de los presbíteros como cooperadores de los obispos**.

El **punto 1567** dice así:

> **"Los presbíteros, como colaboradores diligentes de los obispos y ayuda e instrumento suyos, llamados para servir al Pueblo de Dios, forman con su obispo un único *presbiterio*, dedicado a diversas tareas. En cada una de las comunidades locales de fieles hacen presente de alguna manera a su obispo, al que están unidos con confianza y magnanimidad; participan en sus funciones y preocupaciones y las llevan a la práctica cada día". Los presbíteros solo pueden ejercer su ministerio en dependencia del obispo y en comunión con él. La promesa de obediencia que hacen al obispo en el momento de la ordenación y el beso de paz del obispo al final de la liturgia de la ordenación significan que el obispo los considera como sus colaboradores, sus hijos, sus hermanos y sus amigos, que a su vez ellos le deben amor y obediencia.**

Como veis, aquí está concentrada esa teología del sacerdocio en su relación con el obispo de una manera…, que la verdad es una joya el Catecismo.

Y en gran parte, estas cosas que estoy leyendo, que lo sepáis, yo no lo voy diciendo punto por punto, pero el Catecismo lo que ha hecho ha sido poner textos que leo, que en sí son del Catecismo, pero son entrecomillados de documentos del Concilio Vaticano II. En concreto, esto es sobre la ***Lumen gentium 28***, sobre la ***Presbyterorum ordinis.***

El Catecismo de la Iglesia Católica no es que se haya puesto a reformular las cosas, sino que ha recogido lo que forma parte de la tradición de la Iglesia.

Aquí dice que **están unidos los presbíteros al obispo en confianza y en magnanimidad**.

A mí me llama la atención eso de confianza y magnanimidad, porque claro, ¿Qué supone la confianza?; pues la **confianza** supone decir, "vamos a ver, yo quizás las cosas no las hubiese hecho de esta manera o quizás no entiendo exactamente esto o no entiendo lo otro, pero yo confío en que el Señor le ha dado al obispo una plenitud del Espíritu Santo para ejercer el sacerdocio y que evidentemente él va a tener una gracia de estado especial para conducir la Iglesia". *Y* el presbítero confía en eso, confía en la acción del Espíritu Santo, en ese gobierno del obispo sobre la diócesis.

O sea, hay una confianza en que el Espíritu Santo sigue actuando a través de las mediaciones. Es un acto de confianza.

Y luego dice **magnanimidad,** es decir, "yo voy a ser generoso, no voy racaneando mi colaboración o racaneando mi voto de confianza, voy a ser magnánimo", es decir, voy a dar mi apoyo, mi voto de confianza, voy a apostar por esas prioridades pastorales en las que el obispo nos pide a los sacerdotes que nos entreguemos. Voy a ser magnánimo.

En el fondo, esa relación del presbítero con su obispo solamente se entiende desde una confianza en la acción del Espíritu Santo en la Iglesia.

Si falta confianza del presbítero en su obispo o falta magnanimidad, en esa forma generosa de colaborar con él, y uno va a mínimos, "A mí que no me pidan esto, a mí que no me pidan lo otro", pues entonces, en fondo lo que hay es una falta, no ya fe o confianza en el obispo, sino en la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Que nos quede claro. Es importante.

El presbítero participa de las preocupaciones y funciones que tiene el obispo y las lleva a práctica. De alguna manera, son preocupaciones de aquel que el Señor ha puesto al frente de su Iglesia, y él las hace suyas. "Yo no tengo otras preocupaciones al margen de…", no, no; sino que me uno, participo (otra vez el término participar que, como veis, es un término clave en la teología católica).

Y describiendo esta colaboración entre presbítero y obispo, aquí se hace una descripción, fíjate, dice, ***"Los presbíteros son, para con sus obispos, colaboradores, hijos, hermanos, amigos"***. Todo esto forma parte de eso, y una cosa no se contrapone a la otra. Eres hijo al mismo tiempo que hermano del obispo, y eres amigo al mismo tiempo que colaborador. Claro, que parece que no estaría bien que alguien dijese, "yo soy hermano, pero no soy hijo"; no, no, eres hermano e hijo. O que dijese, "yo soy amigo, pero no colaborador"; no, no, tú tienes que ser amigo y colaborador. O sea, todo hay que asumirlo, hay que integrarlo, hay que integrar la paternidad del obispo en la hermandad que tenemos con él.

Dice aquí el Catecismo, "**le deben amor y obediencia".**

A mí me llama la atención esto de *le deben amor y obediencia*, porque uno puede decir, "Pero, hombre, lo de deber obediencia, parece que se explica un poco más. Pero lo de ¿deberle amor?, pero ¿cómo se puede mandar amar?", uno puede decir, "¿No es un poco exagerado esto?, porque que le deban obediencia, pues bueno, pero ¿le de amor?". ¿Se puede decir a una persona que se le debe amor?; ¿se le puede decir que el amar es algo que debe de surgir de nosotros con toda su fuerza?, pues sí. Es que, aunque parezca una contradicción, la Iglesia utiliza ese término, *debemos amor*.

Debemos amor quiere decir que es un don de Cristo. Es un don el que nosotros tengamos en ese obispo un pastoreo de Jesucristo; que Cristo me está cuidando, me está guiando, me está conduciendo, me está gobernando Jesucristo a través de él; y le debo amor en el mismo amor de Cristo, participando de ese amor, amo también al obispo, porque en él se está sacramentalmente haciendo presente ese rostro de Cristo pastor.

Luego, fíjate que dice, "Se le debe amor y obediencia". Y el día de la ordenación sacerdotal se hace la siguiente pregunta "*¿Prometes obediencia y respeto a mí y a mis sucesores?*". Le pregunta eso el obispo al presbítero, *"Prometo". "Dios que comenzó en ti la obra buena, Él mismo la lleve a término"*. Y después, como ha dicho aquí, "le da un abrazo". Terminado el rito de la ordenación sacerdotal, el obispo y el presbítero se dan un beso de paz, que significa que el obispo considera como colaborador suyo al sacerdote. Es un beso que tiene lugar concluyendo, como culminando esa liturgia de ordenación sacerdotal.

En ese momento, en ese abrazo, en ese beso, se está significando visualmente que el presbítero es colaborador, es hijo, es hermano, es amigo, que le debe amor y obediencia a su obispo. Es un signo precioso que tiene la ordenación sacerdotal.

Y aunque sea brevemente, vamos a concluir con el **punto 1568,** y así dejamos también concluido este apartado de la **ordenación de los presbíteros cooperadores de los obispos**.

Dice,

> **"Los presbíteros, instituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad del sacramento. Forman un único presbiterio, especialmente en la diócesis a cuyo servicio se dedican bajo la dirección de su obispo". La unidad del presbiterio encuentra una expresión litúrgica en la costumbre de que los presbíteros impongan a su vez las manos, después del obispo, durante el rito de la ordenación**.

Es decir, esto último que he leído, no sé si algunos lo habrán entendido; en la liturgia de la ordenación, después de que el obispo ha impuesto las manos sobre el que está siendo ordenado sacerdote, el resto del presbiterio que está concelebrando con el obispo van pasando uno por uno y le van también imponiendo las manos al sacerdote, al ordenando.

¿Por qué le imponen las manos?, ¿por si acaso esa transmisión del Espíritu Santo, esa consagración del obispo era insuficiente? No, no es por eso. Es el obispo el que tiene esa potestad de transmitir el ministerio sacerdotal por la imposición de las manos, pero el resto del presbiterio va pasando uno por uno a imponer las manos; dice aquí *"como un signo visible, un signo de esa unidad del presbiterio*". Forman un único presbiterio.

Encuentra una expresión litúrgica en la costumbre de que los presbíteros impongan a su vez las manos después del obispo durante el rito de la ordenación.

Es como un recuerdo, una visualización del *estamos todos unidos en el mismo presbiterio. Formamos todos una común unión en esta unción del Espíritu Santo en torno al obispo*. Hay una visualización. El presbiterio es uno, debe de ser uno.

Y tenemos que combatir los sacerdotes, tenemos que combatir con todo el empeño, las divisiones dentro del presbiterio, y de alguna manera estar atentos a los sacerdotes, a los hermanos nuestros que en el presbiterio pueden estar aislados, que pueden de alguna manera, por heridas que hayan podido ocurrir con el paso de la vida de cada uno, heridas determinadas que aún no lo han dejado aislado. Tenemos que estar atentos a esos hermanos nuestros que pueden tener más dificultad de unirse en el presbiterio y volcarnos con ellos y ser cariñosos.

Qué importante es que cuidemos la unidad del presbiterio, que no permitamos que dentro de nosotros se nos infiltren esos esquemas de grupos ideológicos de que estos piensan de una manera, los otros de otra, estos son de una tendencia, de otra tendencia. Qué importante es que no permitamos que en el seno de la Iglesia se proyecten esos esquemas, totalmente ajenos a nosotros, que están en la sociedad civil, esas divisiones entre derecha, izquierda, conservador, progresista, que a veces permitimos que nos metan el gol de proyectar eso en el seno de la Iglesia y, en vez de dar un testimonio de unidad ante el mundo, estamos rigiéndonos por esquemas políticos proyectados sobre nosotros que nos quitan frescura evangélica.

Tenemos que pedir mucho ese don de conservar la unidad en el presbiterio en torno al obispo, gozar de ella, y saber que en esa unidad hay un signo importantísimo de que el Espíritu Santo es quien nos custodia, nos guía y nos protege. Y estamos respondiendo a la oración de Jesucristo, quien pidió al Padre que todos fuesen uno. *"Padre, te pido por*

estos a quienes hemos encomendado este ministerio, guárdalos en la unidad". Esa es la oración de Jesucristo.

Bien, tenemos el tiempo cumplido.

Me despido con la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

Alabado sea Jesucristo.